



SANFERMINES: DIAS DE VINO Y TOROS

Armando R. Puente, de Primera Plana, asistió en Pamplona a los festejos de San Fermín; su informe:

Al dar la primera de las siete campanadas en el reloj de la vecina torre de San Cernín, el cohete ascendió con un agudo silbido y un grito salió de cien mil gargantas. Al abrirse las puertas del corral, en el baluarte de Rochapea, al pie de las viejas murallas, los toros enloquecidos se revolviéron, empujándose para alcanzar la salida. Su primera visión fue la de un grupo de hombres que agitaban los brazos y movían rítmicamente el cuerpo. El instinto los hizo arrancarse y subir, veloces, la cuesta de Santo Domingo.

El grito largo, agudo, angustioso, fue cortando el camino por las estrechas calles de los mercaderes y la estafeta, hasta la plaza de toros. Los navarros —camisa, pantalón y zapatillas blancas, pañuelo al cuello y faja a la cintura, color de sangre— comenzaron a entrar a borbotones, abriéndose en abanico por el ruedo. Uno tropezó en el portalón. Otro, y veinte, treinta, cuarenta, cayeron sobre él. Detrás venían corriendo los toros, en un relampagueante movimiento donde se confundían los jóvenes valientes con las siniestras astas. Los toros escalaron, saltando, la muralla humana que les cerraba el camino; ciegos en su huida, entraron en la plaza para cruzar el ruedo y desaparecer entre la polvareda luminosa del callejón. Un cornúpeto rezagado buscó la salida entre el oleaje de cuerpos humanos; soñaba, quizá, con las verdes dehesas donde se había criado libre; aterrorizado, empezó a dar la vuelta al redondel, segando con los cuernos un camino por el que unirse a sus hermanos. El grito se transformó en un alarido ante la previsible tragedia. Los capotes de los dobladores y los cabestros de cencerros, de castrados sonidos, aparecieron oportunos y arrojaron al solitario llevándolo al corral. Allí estaban ya los demás toros —a la sombra fresca de los árboles—, ignorantes de la muerte que llegaría puntualmente por la tarde.

El encierro había durado tres minutos. Sólo tres minutos desde que sonara la campana de la torre de San Cernín y estallara el cohete. Tres angustiosos minutos de valor, juventud, habilidad y suerte. A lo largo de un sombrío camino de 900 metros. A la mañana siguiente se conoció el saldo de la riesgosa jarana: un muerto, aplastado contra una empalizada, y más de veinte hospitalizados.

En los tendidos, la muchedumbre empezó a cantar con alivio: "Uno de enero, dos de febrero... siete de julio, San Fermín", y las botas de vino a desentumecer las gargantas. En el ruedo, los hombres —siempre sólo los

hombres— bailaban. Salió un novillo de cuernos embolados; un muchacho, vestido con la larga blusa gris y la negra boina de los campesinos, fue lanzado al aire. El novillo atropelló a cuantos se interponían en su camino, limpió las vallas y se revolvió hacia el centro, donde un grupo de barbudos hippies se habían sentado, silenciosos e indiferentes, en medio de aquel mundo palpitante. El novillo los pisoteó sin respeto y siguió su carrera, para encontrarse más allá con un gigante de pelo rubio cortado al cepillo, que lo agarró por los cuernos, como Ursus en un circo romano. "¡Nooooo!", gritó la muchedumbre. Varios muchachos que estaban cerca se lanzaron sobre él y uno lo derribó de un puñetazo. El gigante había desobedecido una de las primeras normas del encierro: no pueden sujetarse ni golpearse las reses.

El jaleo había estallado la víspera —el domingo a mediodía— con el primer cohete, que fue lanzado desde los balcones del Palacio Consistorial por un concejal de empolvada peluca y casaca dieciochesca. Había de durar ocho días, hasta el lunes 14: ocho días de vino y toros, de bailes y cantos, por las calles y plazas, detrás del chistú, el tamboril y el acordeón vascos, o de ruidosas charangas. Ocho días sin derecho al sueño, sólo permitido allí, en la calle. Cuando el vino y la fatiga lo imponen, para olvidarse de la bota de vino riojano e invitar a unirse al grupo de bailarines que marchan detrás de un bombo y una corneta. En la vereda, un hombre, al que le hierva la sangre en los rescoldos de la juventud, lleva la hija en brazos. Del grupo se desprende un barbudo pelirrojo, que emplea el típico pañuelo colorado de los navarros como vincha, para sujetarse la larga melena. Por señas invita a bailar a una anciana menuda, desdentada,



Primera Plana
El ruedo: Sálvese quien pueda.

vestida de negro. Ella repite los pasos de la jota de los años mozos y ríe; él, que no sabe sino los ritmos *beat*, ríe. Luego se besan; después, el pelirrojo la alza en sus brazos y la vuelve a besar. La vieja vasca se queda en la vereda y el barbudo irlandés sigue su camino, con el grupo que se aleja.

"Mi mujer y yo éramos los únicos individuos de habla inglesa en Pamplona", escribió Ernest Hemingway, hace 45 años. Había ido a los Sanfermines por consejo de su compatriota, Gertrude Stein, la corpulenta amiga de Picasso y Braque. La semana pasada, cuarenta o cincuenta mil jóvenes barbudos y muchachas de cabellos sedosos, rubios y escueltas minifaldas acamparon en la plaza del Castillo y en las riberas del Arga, al pie de la muralla. Habían llegado en *auto-stop* o en potentes motos desde Londres, Estocolmo, Nueva York o el Barrio Latino de París. Para ellos, España es la fiesta — vino y toros, vida y muerte— que pintó Hemingway. España es Pamplona el 7 de julio, y quizás alguna plaza solitaria en la isla de Ibiza o del sur de Andalucía. Todo lo demás son las excursiones organizadas por las agencias de viajes para la sociedad de consumo. En el bar *Torero*, donde el novelista, ya viejo y empapado de whisky, charlaba con su amigo el torero Antonio Ordóñez y con los limpiabotas, los muchachos de ojos claros ensayan los primeros tragos de clarete en bota y las rubias de largas piernas rien ante los torpes piropos de los vascos. Horas más tarde se habían confundido con los jóvenes de Pamplona; juntos competían en tascas y bodegones, por el chorizo y el queso de los Pirineos. También enronquecieron cantando pasacalles.

Como los carnavales cariocas, los sanfermines navarros son una fiesta callejera y extravertida. En éstos, las "Penas" que cantan y bailan por las calles y giran en las tardes de corridas juegan el mismo papel aglutinante y animador de las Escuelas de Samba brasileñas. Pero las "Penas" sólo son de hombres. En los Sanfermines la mujer es un elemento decorativo, pasivo. Quizás el encierro se corra entre las afiladas y mortales astas de los toros para conquistar la sonrisa de una muchacha o la admiración de la novia, pero luego —durante los ocho días de la fiesta— la mujer no existe. Sólo cuentan el vino y los toros, la danza y las viriles canciones corales.

Ellas, las rubias extranjeras, están introduciendo un elemento nuevo, embriagador, que no se conocía en las fiestas seculares. La presencia multitudinaria de la población de Pamplona (140 mil habitantes), que se triplica en estos días, añade otros elementos capaces de modificar los Sanfermines.

"Antes era cuando se corría: tres o cuatro mozos, pegados a los cuernos. Ahora hay demasiado ruido, demasiados ignorantes, demasiados mozos que prefieren el champán al vino y las modernas botas en la Plaza del Castillo", se queja José María Eransus, presidente de la peña *La Jarana*, que agrupa a trescientos navarros.

A pesar de sus temores, de las muchedumbres y de la turbadora presencia de las rubias nórdicas, es difícil que los Sanfermines pierdan ese carác-

ter que los convierte en las más libres de las fiestas de Europa.

Pero los Sanfermines son, también, la Fiesta del Toro, y en este orden es posible que la degeneración a que están sometidas las corridas influya a largo plazo en ellos.

Fiesta no tan brava

La economía ha impuesto sus reglas al espectáculo, que nació como deporte de caballeros y fue luego palestra de héroes populares. Las corridas son ahora un negocio que mueve millones. En los tiempos de Joselito y Belmonte, allá por los años veinte, se celebraban en toda España doscientas corridas anuales; este año pasarán del millar. Los toros se han comercializado, se han convertido en espectáculo de multitudes, al que obligadamente deben acudir los turistas para fijar en sus cámaras un episodio tan "typical spanish".

con la apariencia externa del mínimo de cinco años exigido. La clave: engorde artificial, para que el animal alcance un peso de quinientos kilos. Estampa falsa; es una media tonelada de carne sin músculos. Un toro a riesgo, para que las estrellas millonarias —Manuel Benítez El Cordobés, Sebastián Palomo Linares— bailen ballet tremendista y cruel, sin sangrar ante las plazas colmadas de turistas.

Las leyes económicas imponen también el monopolio. Los siete principales empresarios taurinos formaron un trust al comenzar la temporada. Para controlar la organización de la fiesta juntos, los siete —Chopera, Dinguín, Canorea, Miranda, Stuy, Balana y Barceló— son propietarios de 59 de las principales plazas (Madrid, Barcelona, Sevilla, Bilbao, Valencia) organizan el noventa por ciento del millar de corridas que se celebran en España. Fijan los precios, eligen los toros manejables —con frecuencia e-



Primera Plana

Buenos tragos, mucho
jolgorio: Las fiestas más
libres de Europa.

Fue con Manolete, la estrella taurina de los años cuarenta, con quien se introdujo la primera de las técnicas fraudulentas para reducir el riesgo que pesa sobre el negocio. Se recurrió entonces —y hoy se sigue haciendo— al "afeitado" de los toros. Las astas son recortadas, con lo que se crean al animal dos puntos que se hacen sensibles al tocar el capote y dolorosos al tocar el caballo del picador, la barrera del ruedo o el cuerpo del torero. Además, el "afeitado" altera también el sentido de la distancia del toro, al poder las astas en dos o tres centímetros.

Los golpes en los riñones con una bolsa de arena fue la segunda de las prácticas empleadas para convertir al toro de lidia en un inofensivo animal, flojo de fuerza, que se cae constantemente y no asusta.

Pero es la cruce de razas lo que ha permitido una perfección técnica que no deja los bárbaros rastros del "afeitado" o de las bolsas de arena. Han logrado un nuevo tipo de toro, hermoso pero sin casta, de cuatro años, aunque

tre sus propias ganaderías—, contra los toreros y les conceden un número de corridas. Ya no importa que el torero tenga o no una buena temporada. Su carrera está trazada por el empresario, y la publicidad se encarga de convertirlos en mitos o hundirlos en el anonimato.

La crisis es ya evidente. En los lugares turísticos, en la Costa Brava catalana, en Palma de Mallorca, en la Costa del Sol andaluza, las plazas se llenan para ver festejos de calidad, en los que lueven las oídas triunfales. En Pamplona, solar de los braves, los aficionados enrojecen cada tarde, durante los Sanfermines, gritando: "¡Queremos torero!". Ignoran que también en la plaza de la democracia ha muerto. Y que ellos que cada mañana corren en el encierro, son los únicos toreros que quedan. Los demás son toreadores, gentes que en las siete partidas medallas se calificaba de "infames", que —como peones— lidiaban bravas por dinero. ♦